

NOTA: Esta conferencia fue dictada por el escritor Schneider en un ciclo sobre Literatura Alemana que programaron conjuntamente el Instituto Cultural Colombo Alemán, la Universidad Nacional de Colombia, Sección de Divulgación Cultural, y la Biblioteca Pública Piloto y que tuvo lugar en el auditorio de esta última Institución.

Poco antes de mi partida de Berlín, explicaba a algunos amigos sobre un mapamundi mi ruta por Latinoamérica. Cuando, con el mismo dedo índice con el que había descrito las estaciones de mi viaje en ampulosos movimientos, volví al país de partida dando un salto sobre el océano, sentí un sobresalto. Me di cuenta de pronto de que bastaba la mitad del dedo índice para cubrir por completo este país. A más tardar entonces, me asaltaron dudas sobre el proyecto de viaje. ¿Cómo contar a los lectores y escritores de un tan grande y para mí totalmente desconocido planeta, algo sobre la literatura de un país que, visto desde allí, ofrece el tamaño de un meteorito? ¿No vendría a equivaler tal propósito a mostrarle a alguien el negro de la uña de un hombre en la luna, como decimos en Alemania? Por la astronomía, sé que unos gramos de materia, al penetrar en la atmósfera terrestre, pueden producir un resplandor capaz de eclipsar a las más brillantes estrellas. Pero no es mi propósito comparar la literatura de mi país con la breve, rutilante vida de las estrellas fugaces, y menos, con las estrellas fijas artificiales que han colocado las firmas alemanas en el firmamento nocturno de las grandes urbes de este continente. Como es natural, los embajadores de la fantasía no pueden hacerles la competencia, ni aquí ni en casa, a los anuncios de neón de Siemens, Volkswagen, Hoechst o Schwartaw. Afortunadamente, sin embargo, a la literatura no le importan ni las magnitudes geográficas, ni las proporciones económicas. Ella, deriva su influencia tan solo del hecho de ser comprendida. La ventaja de esta imaterialidad radica en que la literatura no necesita ni pasaporte ni capital, ni batallones para traspasar fronteras. La única frontera que reconoce es la lengua en la que está escrita, e incluso esta frontera sólo constituye un obstáculo insalvable mientras no se encuentre un intérprete. Así, pues, trataré de informarles sobre la literatura en un país que para ustedes se encuentra en el fin del mundo y para mí en el centro: en el límite mismo entre el mundo oriental y el mundo occidental.

La frontera entre Europa y Latinoamérica, ha sido traspasada por la literatura, en los últimos decenios, sobre todo, en dirección este. La mansa conquista de Europa por la literatura latinoamericana, fue registrada por los europeos con retraso y sorpresa, y al punto dio ocasión para realizar numerosos exámenes de laboratorio. Los bioquímicos de la literatura se pusieron al punto a describir en papel milimetrado el llamado boom, y a datar exactamente su auge y su caída. En Francia e Italia fue donde primero se reconoció el virus desconocido, antes de que se propagara como una epidemia por toda Europa, alcanzando, con bastante retraso, también a Ale-

Escribir en Alemania

Peter
Schneider

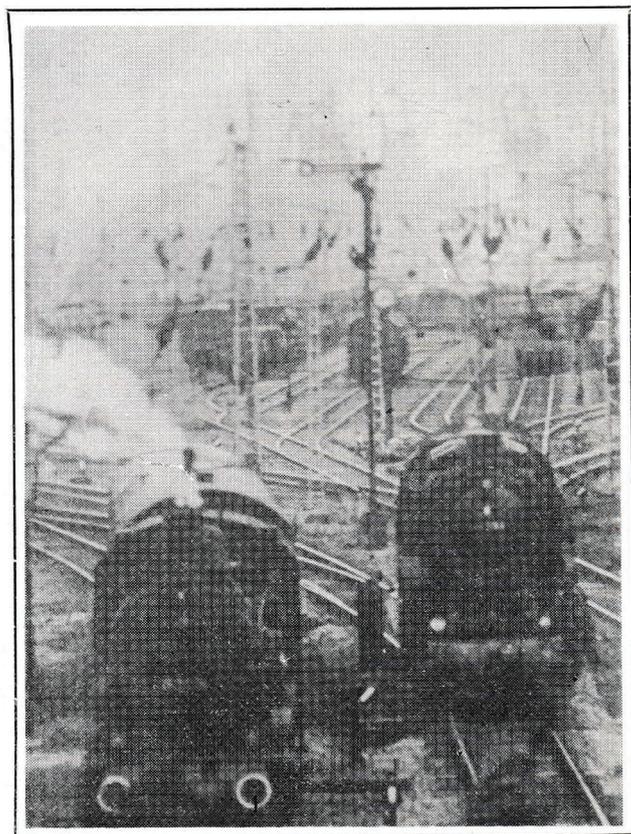
mania. Entretanto, los peritos e inmunólogos han localizado cada vez con más exactitud el agente de la enfermedad, y anuncian una regresión de la extraña fiebre. En París, una vaticinadora de tendencias literarias me presagió el final del boom, que, en realidad, tan sólo se habría manifestado a través de cuatro agentes: García Márquez, Cortázar, Fuentes y Vargas Llosa. La condición previa más importante para contener la fiebre, a la que en un principio se abandonarían todos con sumo gusto, fue el descubrimiento de las diferencias existentes entre la literatura latinoamericana y la europea. Los escritores latinoamericanos, se decía, habían refutado inesperadamente la tesis, que desde hacía tiempo se creía demostrada, de la crisis de la novela. Mediante su pléthora narrativa y exuberante fantasía, confrontaron a los países ricos con la triste realidad de que éstos habían pagado su bienestar material con un creciente empobrecimiento de la fantasía. El divorcio entre mito y realidad, entre ficción y documento, entre compromiso político y voluntad formalística, quedaba demostrado a la luz de esta prosa como un síntoma de vejez. Si ellos luchaban con la única dificultad de tener que decir muchas cosas a la vez, nuestros escritores se atormentaban con el esfuerzo de formalizar cada vez más lo poco que tenían que decir.

No quiero afirmar que estas diferenciaciones resulten fallidas; lo único que me sorprende es su función. Pues apenas fueron citadas las debilidades que habían predisposto al propio cuerpo cultural para ser atacado por el extraño virus, ya se creyó de pronto inmunizado. Sin embargo, a la postre se demostró esta disposición para diferenciar, por autoacusadora que fuera, como un eficaz remedio para defenderse. Apenas vislumbrada, la distribución internacional del trabajo en el campo de la literatura quedó otra vez restablecida: los pueblos pobres suministran el arte con el ímpetu arrollador de su fantasía y de sus anhelos; los pueblos ricos articulan el apacible dolor de la absoluta carencia de necesidades, y contemplan las turbulentas cabriolas de los niños con los melancólicos ojos de adultos conscientes de que también ellos han sido una vez jóvenes.

Ahora bien, puesto que yo sé muy bien que en la literatura, lo mismo que en el amor, el reconocer precede al diferenciar, quisiera dar comienzo a mi conferencia con la siguiente afirmación: Todo lo que comprendo de la literatura de este continente, lo comprendo sólo porque, de alguna manera, me resulta conocido; y todo lo que a ustedes les pueda interesar de mi conferencia, tan sólo les interesa por reconocerse ustedes de alguna manera en ella. En el número especial de una revista francesa consagrado a la literatura de Latinoamérica, tropecé con un texto de Octavio Paz trataba de explicar a estudiantes norteamericanos la identidad de la literatura latinoamericana, exponía lo siguiente: "La literatura tiene su realidad ante todo en la lengua en la que está escrita. La lengua es una realidad, la cual no se deriva de otras realidades o conceptos, ya sean de índole histórica, ya étnica, política o religiosa. La realidad de la literatura jamás coincide por entero

con otras realidades, como 'nación', 'estado', 'raza', 'clase', 'pueblo'..." (En *Magazin littéraire*, N° 151-152, pág. 8, París. Sept. 79). Confieso que estas frases, en sí muy sencillas y no precisamente chisporroteantes, me electrizaron; y, ante todo, porque unas semanas antes las había formulado yo mismo, casi literalmente, al preguntarme por la identidad de la literatura alemana. Mi sorpresa no fue tanto debida a mis cualidades mediales —si los pensamientos pueden ser transmitidos con la mayor facilidad entre una estación terrestre y una nave espacial, por qué no también entre Yale y Berlín—, sino más bien debido a la similitud en el planteamiento de la pregunta, en un contexto tan diferente en el aspecto cultural y geográfico.

Ciertamente, no dudo que un escritor francés, inglés, chino o japonés, enfrentados con la misma pregunta, hubieran llegado a una respuesta parecida. Ahora bien, dudo que se hubieran visto en la necesidad de tener que enfrentarse con la cuestión relativa a la identidad de sus respectivas cultura y literatura. Sólo allí donde las fronteras de la literatura hieren las fronteras de otras realidades, como "pueblo", "nación"; sólo allí donde la literatura se ve constreñida a traspasar fronteras, adquiere todo su rigor la cuestión relativa a su identidad. Si bien soy consciente de que no es posible equiparar la situación de los escritores en Alemania y en Latinoamérica, en un punto me siento aquí entre buenos conocidos: tan pronto como hablo mi lengua ma-



terna, me muevo en un ámbito lingüístico que no se corresponde con frontera alguna de tipo estatal, étnico o ideológico. Y al llegar Octavio Paz, en la citada conferencia, al resultado de que "la unidad de la unidad hispanoamericana tiene lugar en su literatura", me da la impresión de que, con ello, sin saberlo, Octavio Paz ha hallado también una fórmula para explicar la unidad del país de donde yo vengo.

Por novelas y biografías sé que los viajes a Europa constituían una parte integrante fija de la vida de los intelectuales latinoamericanos. Julio Cortázar, en un ensayo, ha hecho notar que los viajes de estudios de sus padres y abuelos, quienes buscaban en Europa "el Grial de la erudición", ha cambiado radicalmente de carácter. La inmensa mayoría de los escritores latinoamericanos no son actualmente movidos a dirigirse a Europa por sed de conocimientos, sino por las dictaduras de los distintos países. Por mucho que estos viajes al exilio se diferencien de los antiguos viajes culturales, en la elección de las metas, padres e hijos se han mantenido sorprendentemente fieles. En las novelas, artículos, bosquejos biográficos de escritores latinoamericanos, reconozco una ruta bastante constante, que lleva de Barcelona a París y Londres, y de allí a Milán y Roma. Sin embargo, dichos viajes suelen detenerse por lo general ante los Alpes italianos y suizos, y el Rin y el Elba se manifiestan como intransitables. Es muy raro que una carta o un artículo den cuenta de una estación en Francfort o en Berlín, y más raro todavía que la carta de un restaurante alemán deje sabor literario en los recuerdos de un escritor latinoamericano. Por lo que respecta a esto último, desgraciadamente no me es posible recriminación alguna; hace tiempo que también el público alemán ha iniciado una huída en masa a la cocina italiana, argentina y francesa. Séame permitido, no obstante, detectar por unos instantes los motivos de esta manifiesta inclinación a evitar el contacto con Alemania. La explicación obvia sería, indudablemente, que una lengua hispanoparlante está más habituada a los sonidos vocales de las familias románicas que a los trabalenguas alemanes. Un visitante norteamericano, Marc Twain, de tal manera sentía horror ante los monstruos verbales con que se enfrentaba en la lengua alemana, que empezó a coleccionar, con la fascinadora repugnancia de un cazador de cocodrilos, palabras como "Altertums-wissenschaften, Unabhängigkeitserklärungen, Waffenstillstandsverhandlungen, etc.". Marc Twain llegó incluso a negarles a estos vocablos la cualificación de pertenecer a una forma de expresión humana, dándoles el apelativo de procesiones alfabéticas. No me es posible objetarle nada en contra, si bien quisiera hacerles notar que ya mucho antes de la visita de Twain habían iniciado los escritores alemanes una enconada guerrilla contra las formaciones de palabras de los funcionarios alemanes, y que hasta han logrado abrir cada vez más túneles y viables atajos en esta cordillera. Me temo que tampoco podré paliar otro motivo de peso que explica la escasa inclinación citada. Un corso mimado por el sol, en su penosa travesía por Alemania, lo explicó con estas contundentes palabras: "Diez meses de lluvia, dos meses de nieve... y a esto llama patria

esta pandilla". Dado que yo viajo por cuenta propia, no voy a tratar de minimizar este duro juicio de Napoleón con ayuda de un par de estadísticas sobre los días de sol en Alemania. Aun en peligro de tener que hacer de la necesidad virtud, permítaseme afirmar que, personalmente, nada me parece tan aburrido como un constante resplandor del sol. Segurísimamente que podrían hacerse muchas y sesudas reflexiones sobre la influencia del tiempo sobre la lengua, de la lengua sobre el carácter de un pueblo, del carácter de un pueblo sobre su cocina y de la cocina sobre la historia; sobre las embrolladas relaciones existentes entre la tan citada carencia de capacidad para gozar y la no menos citada laboriosidad y el amor al orden de los alemanes. A este respecto, prefiero limitarme a llamar la atención de ustedes sobre otro motivo que puede explicar el escaso interés por emprender un viaje cultural a Alemania: a saber, el hecho de que Alemania ya no dispone de metrópolis. Da lo mismo que ustedes recorran el Kurfürstendamm de Berlín, la Leopoldstrasse de Munich o la Zeil de Francfort: en ninguna parte tendrán la sensación de hallarse en el centro de un país, de una cultura, la vibración, la pulsación de una metrópoli. Si quisiera explicar de qué constituyen el centro las ciudades citadas, me sería imposible nombrar un Estado, sino, a lo sumo, una parte de un país, una provincia cultural. Los alemanes tienen dos capitales, de las que apenas puede afirmarse otra cosa, que el ser la sede de sus respectivos gobiernos; en el aspecto cultural, su irradiación apenas llega a atravesar sus antiguas murallas y los nuevos muros. Sólo quiero afirmar que esta carencia de una metrópoli, esta distribución de la vida cultural entre una serie de capitales de provincia, la cual dificulta una rápida y cómoda alianza entre el poder y el espíritu, constituye precisamente el fértil terreno para una renovación de la literatura y de las artes en Alemania. Si es que existe alguna atracción, ésta es precisamente la falta de una brillante central como Roma o París o Londres, y sobre ella quisiera dirigir la atención de ustedes.

Ahora bien, y dado que todavía está por descubrir el encanto de este olor a provincia, trataré primeramente de recuperar con ustedes el viaje a Alemania rara vez proyectado por sus padres y abuelos, y más rara vez aún emprendido. Y como vengo de la parte occidental de la antigua capital, Berlín, les propongo que me acompañen a un viaje muy breve a dicha ciudad. Si es cierto que la unidad de un país dividido, en donde mejor sobrevive es en su lengua y su literatura, entonces ningún lugar más apropiado que la ciudad dividida de Berlín para describir los contornos de la literatura alemana. De todas formas, no me considero ningún representante del turismo berlinés, por lo que en modo alguno puedo garantizarles que mi descripción contribuya a animarles a ustedes para que a este viaje imaginario siga un viaje real.

Pese a todos los temores de los políticos, el tiempo de Berlín, por lo general, se halla influenciado por corrientes occidentales. El viajero que se aproxima en avión tiene, pues, tiempo suficiente para contemplar la ciudad desde arriba.

Porque para poder aterrizar a contraviento, el avión procedente del oeste tiene que sobrevolar tres veces la ciudad y el muro que la divide. Primero, en dirección este, el avión entra en el espacio aéreo del Berlín Occidental, sobrevuela después en amplia curva a la izquierda la parte oriental de la ciudad, para, finalmente, viniendo del este, sobrevolar por tercera vez el muro en sentido de la pista de aterrizaje. Desde arriba, la ciudad ofrece un aspecto más bien uniforme, y al forastero, nada parece decirle que se aproxima a una ciudad en la que chocan dos continentes políticos. Predomina la impresión de un orden lineal, a base de cartabón, que ha desterrado todo lo que presenta aspecto curvado. En el núcleo urbano, llama la atención el carácter de fortificación de los edificios de vecindad, que por lo general tienen forma cuadrada en torno de un patio interior, donde se eleva un castaño. Ni desde el aire ni desde la ventana de un cuarto piso ha visto jamás una persona mecerse al viento la copa de este castaño. En el habla berlinesa, estos edificios de inquilinos son llamados "Mietskasernen" —literalmente: cuarteles de alquiler—, con lo que parece perfectamente clara la fuente de inspiración de sus arquitectos en la época imperial. De hecho, las antenas de televisión y las chimeneas de los tejados hacen aún rememorar los cascos de vidrio en que rematan los muros de los patios traseros, como protección contra los gatos y los niños de los vecinos. Las nuevas casas en la periferia, no parecen haber sido construidas de abajo arriba, sino que dan más bien la impresión de bloques de cemento que hubieran sido arrojadas por un helicóptero militar norteamericano o soviético. Al descender el avión, notará el visitante que las dos partes de la ciudad no se diferencian casi en nada. Si bien ha podido distinguir la parte oriental por la ausencia de setos y vallados con que se limita la propiedad privada de la propiedad privada, la estampa urbana apenas le ofrece puntos referenciales de una ordenación política. A lo sumo, la extraña duplicidad de edificios públicos, como la torre de la Televisión, Centro de Congresos, Zoo, Casa Consistorial, Estadio, le hacen referencia a que, en esta ciudad, el mismo gusto ha producido dos veces lo mismo. Entre todos estos rectángulos, el muro, en su fantástico zigzag, parece el engendro de una anárquica fantasía. Bañado por la tarde por el sol poniente, y de noche por la luz derrochadora de los reflectores, da más bien la impresión de una obra de arte urbanista, y no de frontera.

Cuando hace buen tiempo, el viajero puede observar la sombra del avión deslizándose por entre ambas partes de la ciudad. Puede seguir por la sombra el acercamiento del avión, hasta que el avión se asienta sobre su propia sombra. Sólo tras haber descendido se da cuenta el viajero de que, en esta ciudad, el encuentro de la sombra significa una pérdida. Tras haber pisado tierra firme y empezar a andar, a los pocos kilómetros se da cuenta de que lo único que aquí puede moverse libremente es la sombra del avión. Luego le parece el avión como uno de los medios de transporte soñados por Einstein, de los que descienden pasajeros jovencísimos y totalmente

desprevenidos, y visitan una ciudad en la que desde ayer han transcurrido mil años.

En los primeros días y semanas, y tras una inicial vacilación, el viajero desahoga su sorpresa mediante preguntas, tratando de no herir a los interrogados. A la interrogación de si no resulta insoportable o, por lo menos, extraño, vivir en una ciudad partida en dos y rodeada por cemento y alambradas, el interrogado replica que aquí se vive lo mismo que en París o en Londres. Durante algún tiempo, al viajero le llama la atención el comportamiento agresivo en el modo de conducir de los berlineses; no puede rechazar la sensación de que, en el casco urbano, el instinto de moverse busca un desahogo que los conductores de otras ciudades pueden aliviar en las carreteras y autopistas. Esta misma tendencia parece ser la causa de que los bares y tabernas, las célebres "Kneipen" de Berlín, constituyan el único ramo de la economía que, al parecer, se halla en continuo crecimiento. El Berlín Occidental es la única ciudad de Europa que desconoce la hora de cierre, y ello probablemente debido a que la policía estima que los habitantes de una ciudad ya encerrada, se tirarían los trastos a la cabeza si no pudieran, al menos, salir de casa a cualquier hora del día y de la noche. Finalmente, el viajero admirará en los primeros días y semanas la roca para practicar montañismo, en el único monte existente, formado a base de ruinas de la ciudad: un bloque de cemento, de unos cuatro metros de alto, en el que están reunidos todos los grados de dificultad de la escalada. Cuando hace buen tiempo, puede observar allí cordadas enteras, perfectamente equipadas con botas, chaquetas de escalada y gafas de nieve, cuyos guías, tras arriesgada escalada, con la mano sobre los ojos, describen la panorámica a los de abajo. Tales observaciones, que motivan a más de un forastero a marcharse cuanto antes, pierden muy pronto, sin embargo, su efecto amedrentador. Dado que una ocupación en uno de tantos restaurantes extranjeros, o bien una mujer, le haya tentado para quedarse aquí, en seguida empieza a olvidar el mundo de donde viene. Sólo de cuando en cuando, al invitarle algún berlinés a dar un paseo alrededor del mismo lago, nota en las pocas ganas que siente de repetir idénticos paseos rituales que con ellos va unida cierta asociación con los paseos en torno al patio de una cárcel. También se siente de vez en cuando irritado por el hecho de que cualquier calle, tras un largo recorrido, súbitamente tuerce a la derecha o a la izquierda, cual si el reflejo de seguir derecho adelante fuera algo así como una errónea información genética. Empero, un par de meses más tarde, a la pregunta de un advenedizo de si no resulta insoportable vivir en una ciudad rodeada por un muro, contestará como todos los vecinos de la ciudad: a saber, que ya no ve el muro. Y eso, aún habida cuenta que este muro berlinés, junto con la muralla china, probablemente serán las dos únicas obras de la tierra que pueden distinguirse desde la luna.

En esta ciudad, cada tarde tiene lugar un extraño espectáculo. Entre las 19 y las 20 horas, en corto intervalo, aparecen dos señores de edad madura ante un mapamundi, y leen las noticias de la jornada. Apenas el uno ha terminado de

leer y, con tímida sonrisa, aparta las hojas, sin más que pulsar una tecla, puede verse cómo su colega en el otro programa aparta también sus hojas con idéntica sonrisa. Lo que al punto salta a la vista, es la enorme semejanza entre ambos caballeros. Los dos con pelo corto y peinado a raya, ambos muestran el mismo gusto por lo que respecta a la elección de la corbata y la chaqueta, ambos dominan una mirada igualmente atrayente cuando anuncian, al final de su emisión, su aparición próxima. La impresión de tener delante dos hermanos gemelos que tal vez no se han visto desde hace mucho tiempo, se intensifica al comparar la manera de hablar de los dos señores. Ambos prestan la mayor atención a no comerse la última sílaba, ambos se las arreglan, en caso necesario, para equivocarse tan fluidamente que el oyente crea que es él quien se ha confundido, y jamás ha oído nadie toser ni estornudar a ninguno de los dos. Resulta superfluo advertir que ambos hablan la misma lengua. Los dos caballeros, sin duda, han gozado de la misma buena educación alemana, que aquí vuelve a demostrar inalterabilidad frente a los efectos de los sistemas políticos. Tan sólo cuando se abre el sonido y se oye atentamente lo que dicen ambos señores, se comprueba lo errónea que había sido la primera, superficial impresión. Los dos, caso de ser hermanos, tan sólo pueden ser dos hermanos cordialmente enemistados. La finalidad suma de cada uno, parece ser afirmar tarde tras tarde y punto por punto lo contrario de lo que acaba de decir el otro. Y llama la atención todavía algo más: ambos señores parecen tener preferencia por hablar sobre el Estado del otro y no sobre el propio, y lo único que tienen que informar al respecto son cosas negativas. Imposible imaginar que uno otorgue una cosecha record en el otro Estado; de cosechas se interesan sólo cuando constituyen un fracaso. El costo de la vida y los precios en el otro Estado respectivamente, se citan sólo cuando suben. Si el uno menciona que el número de desocupados en el otro Estado vuelve a acercarse al umbral del millón, comenta el otro que los parados en su Estado viven mucho mejor que los trabajadores ocupados en el otro Estado. Lo más sorprendente es que ambos locutores hablan como si el otro no existiera. Lo que ven, sobre todo, es la viga en el ojo del otro; pero en sus ojos, realmente azules, al parecer no se refleja otra cosa que puro amor a la verdad. Si bien ambos no hacen más que contradecirse, su diálogo tiene forma de monólogo. Sólo enfrentando a los dos con ayuda de dos televisores se puede reconocer hasta qué punto se necesitan. Adquieran personalidad propia tan sólo mediante una estricta delimitación, y sin las persistentes contradicciones del otro respectivamente, tendrían muy poco o absolutamente nada que decirse. Este monologante diálogo lo vienen sosteniendo desde que existe la televisión, y todavía no manifiestan el menor síntoma de cansancio o de irritación. Hasta cuando informan sobre el estallido de una guerra, que lógicamente ha sido debida al otro Estado, estos dos señores ni alzan ni bajan la voz.

Naturalmente, no hay telespectador que aguante día tras día este duelo televisivo germano-alemán. Sencillamente, porque resulta en extremo

aburrido. El telespectador, sentado entre ambos programas, escucha las noticias poco a poco como quien oye llover, y desarrolla un sentido tanto más afinado para captar los ruidos parásitos y demás detalles secundarios: la disposición, formulación, el silenciamiento de las noticias. De la misma manera que un aficionado a la música ya a los primeros compases distingue si es Igor o David Oistrach quien toca el violín, así percibe el ejercitado televidente, al escuchar determinadas figuras, inconfundibles, de formulación, de dónde proceden las noticias, sin necesidad de mirar a la pequeña pantalla. Determinadas palabras de la lengua alemana, como "pueblo", "lucha", "clase", que pertenecen al vocabulario básico del locutor oriental, por lo visto han sido tachadas del vocabulario del locutor occidental. Y si demuestra conocerlas todavía, no las emplea en la práctica. También se nota la ausencia en el vocabulario del locutor occidental de la preferencia de su colega oriental por adjetivos como "inquebrantable", "duradero", "eterno", en unión con sustantivos como "amistad", y una obligada fijación en la palabrita "aún" precediendo formas superlativas: "aún mejor", "aún más fuerte", "aún más unidos". El occidental prefiere atributos relativizantes, como "sólido", "satisfactorio", "fecundo", y se muestra también discreto en el empleo de los verbos. En sus informaciones, los políticos, incluso los más poderosos, se contentan con "estimular", "deliberar", "suponer", "esperar", "mantener conversaciones", de manera que a veces parece que uno está presenciando un milagro, al oír que después de una "conversación que tuvo lugar en una atmósfera muy agradable", de pronto caen gobiernos, son modificadas constituciones o invaden tropas algún rincón del planeta. Los escritores pueden sentirse envidiosos al contemplar, a través de estos locutores, lo que los políticos son capaces de hacer sólo con las palabras. Igualmente resulta arrebatador observar con qué desenvoltura el locutor occidental articula las más complicadas formulaciones de la vida económica. Les da una modulación tan placentera, como si tuvieran lugar en el dormitorio. De creer lo que dice, habría que pensar que tan sólo depende de las "ganancias" o la "inclinación" de los empresarios el que inviertan o no. Dado que no las tengan, sus "ganancias" o "inclinación" pueden ser estimuladas mediante determinadas "inyecciones de la coyuntura" u otros "instrumentos coyunturales", hasta llegar a un punto en el que se "unan" con otras empresas.

A un televidente, como yo, que desde hace años escucha a ambos locutores y los compara, en realidad, sólo le acaba por sonar al oído una sola noticia: treinta años han bastado para establecer dos percepciones de la realidad que se contradicen punto por punto y frase por frase, en una nación que —como dice un proverbio alemán hoy bastante desacreditado— debe servir de modelo para todas las demás. Sin embargo, la suposición de que existan dos lenguas alemanas desde hace tiempo, se ha de precisar: cierto que ambos señores hablan alemán, pero, por lo general, tan sólo recitan traducciones de dos lenguas extranjeras, del ruso y del americano. Realmente, los dos no se cansan de echarse mutuamente en cara que en lugar de ser finalmente ellos mis-

mos, hablando a título personal, se conforman con imitar a sus respectivos amos. Por consiguiente, ninguno de los dos puede ser considerado como testigo de la existencia de dos lenguas alemanas, aunque ciertamente como testigos de que existen dos lenguas alemanas estatales. De ningún modo se pretende afirmar con esto que un televidente oriental y un telespectador occidental no puedan hacer el mismo chiste en la misma lengua sobre los dos locutores. Sólo que uno no puede impedir la sorpresa, en esta precisa ocasión, de que en tan poco tiempo haya sido posible obtener tan soberbios resultados de adiestramiento lingüístico. En algún instante, el telespectador piensa en el título de un conocido programa, “¿Quién soy yo?”, estimulados cada tarde por los dos señores locutores. Y de pronto, surge la sospecha de que las propias opiniones puedan ser tan intercambiables como el maquillaje de ambos señores. De todas formas, he de aclarar que tal sospecha se mantiene patente sólo en Berlín. Cuanto más se aleja uno de la frontera, del programa de la otra parte, con tanto más descaro se imagina el pueblo dividido que forma un pueblo entero. Para la simple formación de identidad, resultante de la acomodación a los suministradores lingüísticos americanos o rusos, Berlín constituye un espacio muy reducido. Precisamente por el hecho de que la división se ha convertido aquí en hormigón o concreto, la ciudad mantiene despierta en sus habitantes la conciencia de que ellos, sean lo que sean, tan sólo constituyen la mitad de algo, no el todo.

Yo he cumplido este año los cuarenta, y los dos Estados que llevan en sus iniciales la palabra “alemana” celebraron el año pasado su trigésimo aniversario. O sea, que apenas le llevo diez años al Estado que se ha desarrollado junto a mí y dentro de mí. Ya por mi edad, me es imposible llamarlo patria. A lo que viene a añadirse que este Estado tan sólo constituye la mitad del país que sería mi patria. Dado que mi patria exista, no es ningún Estado, y el Estado del que yo soy ciudadano no es ninguna patria. Pero al responder, sin embargo, y sin vacilar, a la pregunta sobre mi nacionalidad, diciendo que soy alemán, con ello no pretendo optar en modo alguno por un Estado, sino por mi pertenencia a un pueblo que ya no posee identidad estatal. Pero con ello, afirmo a la vez que mi identidad nacional no se halla supeditada a la pertenencia a uno de los dos Estados alemanes. En tanto que hablo de un país llamado Alemania, no hablo ni de la RFA ni de la RDA, sino de un país que tan sólo existe en mi recuerdo o en mi imaginación. A la pregunta sobre dónde se halla, me sería imposible citar otro lugar viviente que la lengua que hablo. Si existe todavía una patria de los alemanes, ha sobrevivido sobre todo en su lengua materna; y si es cierto que el país procede del padre y la lengua de la madre, hay que conceder que el legado materno se ha demostrado como más fuerte que el paterno. En este aspecto, los alemanes, al parecer, han vuelto a los inicios de su historia. La palabra “alemán”, originariamente, no se refería ni a un pueblo ni a un Estado. Significaba “pueblo”, “popular”, y servía para calificar simplemente la lengua común a diversas tribus germánicas, que

empezaban a imponer su lengua hablada contra la lengua latina de documentos e iglesia.

Esta unidad lingüística persistió durante muchos siglos antes de que fuera fundado el Sacro Imperio Romano Germánico, y ha sobrevivido a la fundación y la caída de todos los demás imperios menos sacros. Es decir, que, en cierto sentido, los alemanes parece que han llegado nuevamente al punto de partida de su historia: la palabra “alemán”, tan sólo se puede emplear hoy sin malentendidos con carácter adjetival, a saber, en relación con un sustantivo: lengua. Y, como entonces, el intento de hablar una común lengua alemana, tan sólo puede empezar con una negativa: con la negativa a repetir maquinalmente el “latín de iglesia” de los portavoces gubernamentales en el Este y el Oeste.

En algunas culturas indias, los locos son considerados como santos, que han sido dotados por los dioses con demasiado saber.

Ignoro si ustedes saben que en las grandes ciudades europeas, entre ellas también Berlín, muchos jóvenes han formado grupos que se autocalifican de “indios urbanos”. Desconciertan a los peatones con su manera de pintarse y con danzas que celebran en medio del ajetreo callejero de las horas punta, emitiendo durante ellas sonidos ininteligibles. De ser más numerosos y más desconfiados frente a las discotecas, estoy seguro de que habrían descubierto desde hace mucho tiempo como santo al Señor Klade, cuya historia quiero contarles brevemente. El Señor Klade, Herr Klade, entrado en los cuarenta, sin trabajo, beneficiario de la asistencia social, tuvo que ver con la policía por primera vez en su vida cuando, tomando impulso desde el oeste, saltó el muro en dirección este, en medio de Berlín.

Junto al muro, había descubierto un paraje en el que los escombros formaban una escalera natural, por la que podía ascender hasta un nivel tal que sólo necesitaba alzar los brazos para llegar a lo más alto del muro divisorio. Arriba, por unos instantes cayó en el campo de luz lanzado por los reflectores de la patrulla occidental, ignoró las bienintencionadas llamadas de los funcionarios, que trataban de hacerle ver en el último minuto dónde estaba el este y dónde el oeste, y luego saltó al lado oriental. La policía del otro Estado alemán, que lo había detenido al principio por violar la frontera, no pudo en los interrogatorios descubrir en él ni mala intención política, ni sería determinación de quedarse allí. A la pregunta de quién le había mandado saltar el muro, Klade respondió que lo había hecho por propia cuenta. Sus interrogadores, en esto totalmente emparentados con sus colegas occidentales, no pudieron ver otra explicación de la extraña inversión del salto, que la obligada alusión a la falta de algún tornillo en la cabeza del pobre Klade. Lo mandaron a una clínica psiquiátrica. Pero tampoco allí pudieron reconocer los médicos otra enfermedad que una morbosa necesidad de salvar el muro. Klade gozó algún tiempo la especial consideración de un saltador del muro que, al parecer, se había equivocado de dirección, y al cabo de tres meses, bien alimentado y de envidiable humor, fue entregado a la representación permanente de la Alemania Occidental en el

Berlín Oriental, la cual representación lo trasladó en el Mercedes oficial a la parte occidental de la ciudad. De vuelta aquí, leyó sin mayor interés los artículos que habían aparecido sobre él tanto en la prensa oriental como en la prensa occidental.

Mientras en los periódicos orientales los calificativos dedicados a Klade oscilaban entre provocador fronterizo y desesperado desempleado, la jauría periodística occidental imaginaba especulaciones, según las cuales Klade había sido pagado por agentes secretos orientales, a fin de que con su salto del muro, el Este pudiera finalmente presentar un refugiado al que no sólo se le había podido ver por detrás. Para dar fuerza a esta versión, los periódicos occidentales publicaron artículos sobre amplios viajes de Klade a países occidentales, sobre todo a París, que Klade había hecho inmediatamente después de su forzado regreso del este. Hasta informaron sobre una amante francesa de Klade, la cual, claro, como indagó un periodista, se hizo pagar el amor al descabellado Klade con una buena remuneración. Lo único verdadero en toda esta historia era que Klade, tras haber pasado tres meses en la clínica psiquiátrica oriental, bien alimentado y totalmente gratis, al volver al Berlín Occidental, se había encontrado con las tres pagas mensuales de la asistencia social en su cuenta bancaria, gracias a las cuales se había podido correr una juerga en París. Pero como las pagas suplementarias de Klade se consumieron en París antes que lo que él hubiera deseado, hubo de regresar a Berlín, y al punto saltó nuevamente el muro. Después de otros tres meses, Klade, de vuelta al Berlín Occidental, fue declarado reincidente. Las tentativas de las autoridades de proceder jurídicamente contra Klade, resultaron vanas: porque Klade no había violado ninguna frontera estatal, dado que, en concepto oficial occidental, no existe tal frontera. Siguiendo la formulación de las autoridades, Klade había hecho simplemente uso de su derecho a moverse libremente.

Y así, las autoridades del Berlín Occidental determinaron internar por la fuerza a Klade en un hospital occidental. Empero, tampoco aquí hallaron los médicos ninguna otra enfermedad en Klade, excepto el irrefrenable instinto de saltar el muro. El argumento del Senador competente en asuntos de Sanidad, según el cual Klade debía ser mantenido hospitalizado por significar un peligro para sí mismo, tampoco consiguió convencer. Pues con sus numerosos saltos, Klade había demostrado hasta la saciedad que era en todo punto posible saltar el muro en sentido oriental sin peligro alguno corporal ni espiritual. A Klade se le dio de alta, y ya al día siguiente volvió a saltar el muro. El proceso se repitió en total dieciocho veces. Ciertamente que las estancias de Klade en la clínica oriental fueron cada vez más breves, puesto que fue dejando de ser una novedad, y nadie sabía qué hacer con Klade. A esto se vino a añadir que Klade se convirtió en una pesadilla para el representante de la Alemania Occidental en el Berlín Oriental, quien se acercaba temblando al teléfono, esperando la frase que empezaba con el nombre de Klade. A más tardar cuando las autoridades orientales exigie-

ron la prohibición de los saltos de Klade y la reintegración de los gastos por la estancia en la clínica, Klade se convirtió en una seria carga para las relaciones germano-alemanas. Ahora bien, como las autoridades occidentales no se creían en condiciones de reconocer el muro como frontera estatal, no había posibilidad de aplicar a la larga ninguna ley contra Klade. Tras uno de sus últimos saltos, las autoridades idearon evacuar a Klade de Berlín, mandándolo de ser posible a una zona de bosques lejos del muro, donde pudiera seguir dando rienda suelta a sus saltos, utilizando antiguos muros de castillos. Klade gozó del viaje gratuito en Mercedes oficial, aprovechándolo para visitar algunos parientes en el sur de Alemania, donde se comportó dos días con la mayor normalidad, al tercer día sacó un billete de tren para volver a Berlín, y saltó de nuevo. Interrogado por los motivos de sus saltos, Klade no sabía responder otra cosa que esto: "Cuando dentro de casa está todo tan tranquilo y fuera hace frío y está nublado y no pasa absolutamente nada, entonces, simplemente pienso: ah, vuelve a dar un salto al muro".

Con lo que hemos llegado a la literatura. Porque la historia del santo loco Klade describe con bastante exactitud las energías que han impulsado desde la guerra a las literaturas de los dos Estados parciales alemanes. El común punto de partida de sus escritores fue el malestar sobre lo rápida y obedientemente que los alemanes, tras su incapacitación por el fascismo, dieron con otra identidad. A diferencia que en Italia o en Francia, los alemanes debieron la liberación del fascismo no a la masiva resistencia en el propio país, sino casi exclusivamente a las potencias aliadas vencedoras. La consecuencia fue que los alemanes aceptaron casi sin la menor crítica la identidad política importada por los vencedores, y se convirtieron en alumnos modelos de la potencia vencedora que respectivamente vino a determinar sobre ellos: en el oeste, de la norteamericana, en el este, de la sociedad soviética, como modelos a imitar. Con la misma rapidez con que olvidaron el lenguaje del tercer Reich, aprendieron el lenguaje de los vencedores y se convirtieron en paladines del respectivo gran hermano. La división de Alemania, más bien casual, por la que la parte oriental, siempre más pobre, cayó bajo la dominación de la potencia más pobre, y la parte occidental siempre más próspera vino a corresponder a la potencia de ocupación más rica, muy pronto se tornó en pared divisoria entre un sistema económico de gran potencia y otro de escasa funcionalidad. Pronto, los alemanes apenas tenían comunión alguna, a excepción de su lengua y de su incondicional fidelidad a sus respectivos aliados. Los escritores, en su calidad de abogados de esta lengua común, trataron de superar este muro ideológico mucho antes de que los políticos de ambos Estados iniciaran negociaciones. La pregunta que dirigían a los alemanes de ambos Estados era la siguiente: ¿Cómo era posible que, tras el desmoronamiento de la guerra, nos hubiéramos convertido tan rápidamente y tan sin cesura en alguien? ¿No debemos, en vez de corear simplemente el padrenuestro político de los americanos o de los rusos, empezar a aprender a convertirnos en nadie?

Esta pregunta adquirió figura, por ejemplo, en el tambor de hojalata Oskar, el enano por decisión propia, que se negó a crecer, y cuyo intento de recuperar su crecimiento en 1945, tan sólo dio una joroba como resultado. No con menos énfasis que Günter Grass y Heinrich Böll clamaron los escritores de la otra Alemania, después de la guerra, contra la suplantación del pretérito, escritores como Anna Seghers, Heiner Müller, Stephen Hermlin, Christa Wolf. Se puede decir que la generación de los escritores que empezaron su labor literaria después de la guerra, tan sólo tenían un gran tema: las repercusiones del pasado fascista en un futuro iniciado con exceso de precipitación, quemando etapas. Sin embargo, ya al poco tiempo se estableció una división del trabajo literario, que, en muchos aspectos, me recuerda la distribución de las tareas citada al comienzo entre la literatura de la Europa occidental y la latinoamericana. Los héroes en las novelas de Böll, Grass, Walser corresponden a los protagonistas de la sociedad alemana occidental: pequeños burgueses que tratan de escurrir el bulto de su pasado, y que experimentan los costos de su inconsciente ascenso en la nueva sociedad tan sólo mediatamente, en el fracaso de sus relaciones privadas. En las novelas y piezas de teatro de la Alemania pobre, predominó otro tipo: autoconscientes trabajadores, funcionarios del Partido e intelectuales, que sacaron del fascismo una consecuencia social y participaron activamente en la penosa estructuración de la sociedad socialista. Aquí como allí, los escritores apuntaban a las grietas entre la vieja y la nueva identidad, a los escombros que quedaban sin eliminar tras las fachadas de nuevas sociedades levantadas con excesivo apresuramiento, pero sus héroes eran tan diversos como los protagonistas de ambas sociedades.

Con esto, en modo alguno pretendo afirmar que un destino de trabajador, un burgués drama matrimonial, no hubieran encontrado autores en la Alemania Occidental y Oriental respectivamente. Lo decisivo es que tales autores no fueron percibidos socialmente. Una semejante distribución del trabajo se desarrolló en el manejo de las formas literarias, y aquí, con una extraña radicalidad: pues mientras los escritores de la Alemania occidental se fueron apartando cada vez más de los modelos clásicos de la novela, el drama, la poesía, sus colegas en la Alemania socialista trataron explícitamente de mantener la tradición burguesa. En la misma época en que en la Alemania Occidental tan sólo se escribían versos libres, y las novelas no debían tener héroes ni los dramas argumento, los escritores alemanes del Este se ejercitaban en el arte de la rima, elaboraban textos de Shakespeare y Goethe, y narraban a todo trapo, como si jamás hubieran oído hablar de la crisis de la novela. Cabe suponer que los escritores de Alemania Oriental, precisamente por haber tenido que encajar la rígida cesura impuesta por la estructuración de una sociedad socialista después del fascismo, se vieron constreñidos a rememorar la herencia burguesa; por el contrario, la transición casi sin fisura del fascismo a la democracia capitalista en la Alemania Occidental, impulsó a los escritores a recuperar en la forma la falta de esta ruptura polí-

tica. Tal distribución del trabajo mantuvo su vigor hasta aproximadamente mediados de la sexta década. Por entonces, hizo su aparición en la palestra literaria una nueva generación, que no había vivido conscientemente ni el fascismo ni la guerra. Para mí, al igual que para mis coetáneos de Alemania Oriental y Occidental, el fascismo y la guerra no forman ya parte de la historia vivida, tan sólo sabemos de ello por los libros de historia y las narraciones, muy abreviadas, de nuestros padres. Cuando empezamos a escribir, ya no se veían escombros sino viviendas terminadas, mejor o peor amuebladas, de tres piezas, ante cuyas ventanas fluía la historia como un río lejano y tibio. Rara vez llegaba a nuestros oídos el ruido de la reconstrucción, y más rara vez las consignas de trabajadores de la construcción en huelga. Lo que oíamos era el retumbante silencio de los padres durante las comidas, tan sólo interrumpido por el tintineo de cuchillos y tenedores. Nada nos interesaba que lo hubieran tenido que pasar mal años antes, porque a nosotros nos iba mejor; el que hubieran gastado sus mejores energías en levantar una existencia nueva, tan sólo nos daba ocasión a preguntar qué habían alcanzado realmente aparte de una aburrida seguridad. En este punto muerto, en el que el tiempo parecía constar tan sólo de una serie de instantes atrozmente iguales, se pusieron en movimiento los frentes literarios entre ambos Estados alemanes.

Para los escritores de mi generación, el tema "guerra y fascismo" había perdido su autoridad, y, en consecuencia, también las técnicas literarias que había exigido. Algunos, hasta llegaron a cuestionar no sólo la exigencia de la historia alemana, sino incluso la exigencia de la realidad en la literatura. Peter Handke, por ejemplo, declaró la lengua como el protagonista propiamente dicho de la literatura, insultando a los portavoces de la anterior generación como literatos de la realidad. Otros, por su parte, contemplaban las técnicas literarias de los escritores postbélicos sólo como técnicas de la falsificación, declarando el acta, el documento como literatura. En la Alemania Occidental, esta discusión se tradujo en una polarización de las posiciones literarias: de una parte, se hallaban los escritores que únicamente consideraban como objeto de la literatura la lengua y el ámbito interior del sujeto; del otro lado, los documentaristas, que levantaban acta del tono original de la realidad, eliminando cuidadosamente todo lo subjetivo. Por obcecado que fuera este ímpetu polarizador, ha de admitirse que condujo a una renovación de la literatura. Lo decisivo fue que perdió vigencia el valor del antiguo concepto de realismo, tanto en el aspecto formal como argumental. Los apóstoles de la literatura pura, demostraron que no era posible describir la realidad postcapitalista con los viejos recursos de la lengua, los documentaristas pusieron nuevos protagonistas en el centro del interés, protagonistas que no habían tenido lugar propio en la literatura de la posguerra: los trabajadores, los jóvenes, los automarginados. Con la misma decisión se negaron los jóvenes escritores de la otra Alemania a seguir el realismo socialista. Ante todo, se opusieron contra la conciencia de tradición de sus padres literarios, quienes se orientaban más se-

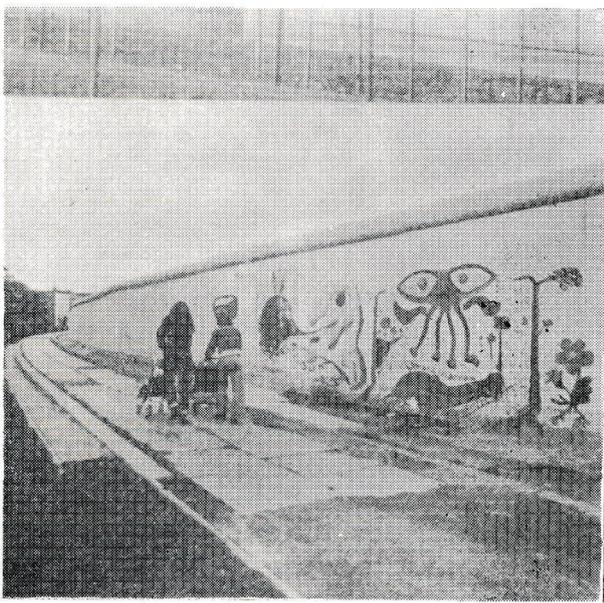
gún el lenguaje de ilustres muertos que de acuerdo con la lengua hablada, y propugnaban el derecho a lo privado y subjetivo en la literatura. El héroe de los "Sufrimientos del joven W." de Plenzdorf, lee a Goethe preferentemente en el wáter y remeda sus sufrimientos en un estilizado berlinés callejero. Así, se produjo una extraña inversión de la atención en ambas literaturas: mientras los escritores de la Alemania socialista, de pronto descubrieron el ámbito interior del individuo pequeñoburgués de siempre, los filmes, piezas de teatro, novelas de sus colegas occidentales empezaron de pronto a registrar una proliferación de trabajadores, huelgas, procesos de producción. El resultado más importante de esta inversión fue que la distribución del trabajo entre ambas literaturas quedó más y más suprimida. Lo que se mostró fue lo siguiente: el desfasamiento entre los sexos, entre los individuos de la sociedad, entre fantasía y realidad, no era patrimonio exclusivo de la Alemania burguesa. La conciencia de clase y el deseo de una sociedad sin clases, no existía sólo en la Alemania socialista. Naturalmente, en la medida en que los escritores de ambos Estados redescubrían las contradicciones de la sociedad vecina en la propia, su identidad les parecía tanto más ficticia y frágil. Cuanto más feo es el rostro del enemigo, tanto más limpio aparece el propio. Ahora bien, si se reconocen en el reflejo del propio semblante los rasgos del enemigo, se derrumba la conciencia propia, que sólo subsiste gracias a la delimitación. Así, vuelven con toda su urgencia las preguntas que los escritores habían dirigido a los alemanes después de la guerra: ¿En qué nos hemos convertido, qué somos? ¿Somos lo que afir-

manos ser? ¿Y qué o quiénes queremos llegar a ser?

En un ensayo de Carlos Fuentes, leí la siguiente afirmación: "Si cada libro es criatura de otro libro, entonces todos los libros de la América hispanohablante son descendientes de Don Quijote". Al leer esta frase, busqué algo correspondiente para el ámbito lingüístico en el que yo hablo. El único libro que, a mi modo de ver, puede colmar esta exigencia, es "El hombre sin atributos" de Musil. Todos los libros que desde la guerra se han escrito en Alemania son, en cierto modo, paráfrasis de esta novela. Paráfrasis del intento de mondar una cebolla cuyo interior tan sólo consta de cáscaras superpuestas. Lo más interior a que puede llegar este proceso de mondar, es únicamente la lengua que lo describe. Así, aparece la hora cero, la negativa del tambor Oskar a seguir creciendo, una generación más tarde en los textos de autores tan diferentes como Peter Handke, Thomas Brasch, Nicolas Born, Bernhard Vesper, Rolf Dieter Brinkmann. El crecimiento nulo por el que se decide el Oskar de Grass, es sólo una cáscara de cebolla distinta de la frase con la que empieza a hablar "Kaspar" de Handke: "Quisiera ser una vez como otro ha llegado a ser".

Al comenzar esta conferencia, traté de despertar su curiosidad por un país que ya no cuenta con ninguna metrópoli. Entretanto, no he descrito sólo un país, sino también una literatura carente de centro seguro. ¿Qué demonios —podrá preguntarse alguno de ustedes— se puede hacer con un país y una literatura que se caracterizan porque tan sólo constan de márgenes? A lo cual respondo que considero esta situación, en cuanto respecta a la literatura, como enormemente fecunda. Los políticos de ambos Estados pueden seguir añorando un nuevo centro, los escritores, en Alemania, se han sentido siempre mucho mejor en los bordes. En cuanto han creado literatura universal, esta literatura ha sido siempre provinciana. Desde que se formaron los Estados nacionales, los centros del poder político y económico han sido, por regla general, también centros de estupidez literaria y artística. El motivo se debe probablemente a que la búsqueda de la identidad hace más productivo que su posesión. En Alemania, de todas formas, tan sólo imbéciles acaparadores del poder pueden imaginar que se hallan en posesión de la única verdad salvadora. Precisamente por el hecho de que en este país el enemigo se encuentra tan cerca, un enemigo con los mismos rasgos, que habla la misma lengua, el odio como fuente de autoconciencia es de muy corto resuello. A la larga, lo único que queda es la desconfianza frente a las propias certidumbres inamovibles y la curiosidad frente a las incertidumbres de los demás. Tal vez una situación poco agradable para políticos e ideólogos, pero un terreno ideal para la literatura. La frontera de hormigón que han querido trazar los funcionarios de la cultura de ambos Estados incluso a través de la literatura, fue socavada desde un principio por sus escritores. En la actualidad, las perfectas diferenciaciones entre una literatura socialista y una capitalista, los gritos de la crisis de la novela aquí, la plétora narrativa allá, la





pérdida de la realidad acá y el compromiso político al otro lado, el refinamiento formal aquí y el clasicismo allí, a lo sumo tienen el valor de tarjetas postales, sacadas en el paisaje literario de Alemania por un turista en una Sight-Seeing-Tour. No quiero negar que los profetas de la crisis de la novela, de la desaparición de la historia, de la imposibilidad de la rima consonante no encuentren a veces su propio cenáculo. Empero, los pequeños desiertos en donde predicán se encuentran ciertamente en ambos Estados alemanes, y tan sólo cubren una parte insignificante de la geografía literaria. Cualquier intento de declarar la provincia literaria como capital, fracasa debido a que ya al alcance de la voz se hace oír un antiprofeta. El futuro en Alemania, en todo caso, no pertenece a una literatura pura, previa decantación ya del sujeto, ya de la realidad. Las renovaciones son posibles únicamente mediante las mezclas, en las que los contrastes entre una literatura pura y otra política, entre novela y ensayo, entre poema y manifiesto, pierden su candor. La retroversión literaria, que registra el entorno sólo como perturbación, ha tropezado con sus propios límites, lo mismo que la eclosión iconoclasta de los documentaristas y poetas de protesta en la realidad.

El proyecto literario en el que trabajan los escritores de mi generación consiste en superar esta frontera. Ello significa la proclamación de una literatura impura, que se mueve no en algún lugar interior sino en la sutura misma entre dentro y fuera. La literatura de la que yo hablo, comienza con el conocimiento de que yo no puedo decir yo sin que a través de mí hable algún Estado, alguna ajena identidad. La tarea consiste en hacer hablar y ampliar el resto desconocido y cada vez más reducido del yo, que no es aprehensible por ningún Estado.

No sé en qué puntos de mi conferencia su capacidad de reconocerse ha pasado a la necesidad de diferenciar y delimitar. Pero quizás les haya puesto en claro a ustedes, hasta qué grado me reconozco yo en las frases siguientes de Mario Vargas Llosa, con las que quiero concluir mi exposición. En un artículo que titula "Escribir en Latinoamérica" (Magazin littéraire, v. supra, pág. 21) se lee:

"La literatura no demuestra, sino muestra. Para ella, no son tan importantes las ideas cuanto las obsesiones y las intuiciones. Su verdad no se manifiesta en su semejanza con la realidad, sino en su capacidad de constituirse como algo distinto de cualquier modelo... El servicio que presta a los hombres no consiste en contribuir a propagar una creencia y un catecismo religioso o político, sino precisamente en socavar los fundamentos sobre los que está erigida cualquier forma de creencia, y en relativizar todo conocimiento racionalista del mundo".